

busca de la camisa del hombre feliz, y que nunca la encontró, pues el hombre más feliz que había en todos sus Estados no tenía camisa... No es muy probable que esa prenda se encontrase hoy en ninguna de las cortes de Europa.

¡Quizá, como nos hace pensar cierta filosofía, la camisa del hombre feliz existe, y es la que a uno le ponen cuando va a dormir el último sueño...! Si se la ponen.



V

**L**os franceses suele mirar con cierto menosprecio a los belgas. Cuando digo los franceses, digo sobre todo los parisienses. Es una injusticia, y Victor Hugo no pensaba de la misma manera. Baudelaire fué cruel, en «su corazón puesto al desnudo». Hugo vivió aquí desterrado, Baudelaire también: Hugo por la política, Baudelaire, por la vida. No sé si Baudelaire se arrepintió; pero los intelectuales belgas de hoy han olvidado la amargura del hombre del estremecimiento nuevo. Intelectuales y en su parte latina, Bélgica está unida a Francia y ha dado a la literatura francesa contemporánea buena parte de sus mejores espíritus. «Eh, Eh! ¡Bruselles! Vous n'avez qu'à vous bien tenir vous autres ici. ¡Bruxelles, oui. je n'en dis pas plus!» Es Villiers de l'Isle Adam el que habla y es Mallarmé el que lo cuenta. Aquí vino

Hugo, aquí sufrió Verlaine, aquí sufrió Baudelaire; y Mallarmé aquí regó satisfecho en su campo propicio, mucho de la simiente de sus sembrados mágicos. Los Verhaeren, los Maeterlinck, los Rodenbach, como poco antes y ahora los Huysmans, acrecen la común heredad del pensamiento de lengua francesa, siendo en Francia entre los nativos los primeros. «Bruselas, se dice, es un París chico.» Mas si Bruselas imita a París; Bélgica no sigue a Francia. Aparte está su gran movimiento industrial; sus ciudades de trabajo, flamencas y walonas representan las propias energías, conservadas de la activa vitalidad de antaño. Son los hombres sanos y fuertes, pesadamente alegres, ruda flotación de pueblo. La flamenca canta, por boca de uno de sus más bravos poetas:

Mon homme est fort.  
 Dans tout le port  
 On sait les fardeaux qu'il souleve;  
 Il a le cœur au bon endroit.  
 Il marche vite et marche droit...  
 Son sang monte comme la sève...  
 Je suis heureuse de mon sort.  
 Mon homme est fort.

Mon homme est fort.  
 Le froid du nord  
 Le soleil pas plus que la grêle  
 N'usera son cuir de flamand:  
 C'es en vain qu'en leur tournoiement  
 La neige et le vent pêle-mêle  
 Le cernent. Intact il en sort  
 Mon homme est fort.

Las mujeres también, fuerte son, hermosas de carnes, frescas de colores; y el primer día, al llegar, pude contar: uno, dos, tres, diez, muchas Rubens y Jordaens. Bruselas peripuesta a la moderna, tiene, verdad, en pequeño, mucho del París bulevardero, con poco de aquella sensualidad ambiente que lo cantaridiza todo. La ciudad trepida al paso de los tranvías eléctricos; los carruajes circulan, y deja su mal olor o bufa cuando menos lo pensáis, el odioso automóvil; y las bicicletas pasan a cada instante por las avenidas y desfilan por el bosque de la Cambre. Hay cafés con terrazas, en las vitrinas se ven retratos de bellas parisienses, sobre todo el de la señorita Cleo de Merode; en las librerías se venden con profusión libros de franceses; las damas se visten con Doucet o Paquin, o cualquiera de esos señores; se lucha por Wagner; Sarah y Coquelin vienen a trabajar en estos teatros; los diarios tienen algunos redactores franceses. Me diréis que todo eso pasa en Buenos Aires también. Perfectamente. No argumento, sino que certifico.

Al que está acostumbrado al francés de París, el de aquí parece duro y amarsellado. Otra cosa que extraña es el cambio de carácter en la población. Tienen fama de insolentes los cocheros belgas. ¡Jamás podrán igualar a los parisienses! El servilismo del *larbín* no se encuentra tampoco aquí. Aquí no os estrujan a genuflexiones y a s. v. p. La obra social ha adelantado mucho. El obrero conserva aún el orgullo de los gremios antiguos. En cuanto a la burguesía no hay que olvidar que es en su fondo la misma que ennoblecieron los pintores de siglos

gloriosos. El mejor *maire* tiene algo de vulgar; en el último burgomaestre se cree hallar algo de dignidad atávica...

Una de las ocurrencias biliosas e injustas de Baudelaire fué ésta. «Los belgas piensan en banda». El pensamiento belga está, por el contrario, compuesto de individualidades. Bastaría con señalar actualmente a Rodenbach, a Lemonnier, a Maeterlinck, a Felicien Rops, y a ese potente Wiertz, cuyo atrevimiento y libertad anteceden a tentativas revolucionarias artísticas que han triunfado en el mundo, y a la cual sería una injusticia no considerar como un precursor. Aquí laboran silenciosos sabios y artistas, trabajadores de la transformación social, aquí viven tranquilos; aquí he visto la persona venerable del viejo Reclus pasar bajo la sombra fresca de la avenida Luisa, cuyos árboles, ahora pálidos de otoño, son hospitalarios y acogen pensativos.

En el bosque de la Cambre, paisajes y lugares a que la naturaleza y el hombre contribuyen, entretienen la mirada, brindan su regalo de salud y de belleza. No os libraréis del restaurant a la moda en que se retienen mesas y os asesinan alma y paciencia los violines de los *tziganos*, ni tampoco de la amenaza vandálica del *chauffeur*. Mas hallaréis amables umbrías, dulces rincones en que vagar y meditar, y en donde lo que menos pensáis es en que aquí reina el rey Leopoldo, ese señor *bien* que tiene una estancia negra que se llama el Congo.

*Kiekenfetter* quiere decir en flamenco comepollo. Jordaens y sus reyes glotones y obesos me han traído a hablaros del apetito brabantón, y en cadenas de ideas, de la comida bruselesa. Aquí se come mucho, y juro que muy bien; así los refinados encuentran la *bonne chère* que sueñan, los cultivadores del estómago la sana y bondadosa cocina local, cuyas carbonadas y gallinas asadas con compotas de fruta, llaman el acompañamiento del lambic. Hallaréis buenos vinos; pero las cervezas os brindan su reino; los reyes de Jordaens todos son parientes de Gambrinus. Y comiendo bien y bebiendo bien, el pueblo es francamente alegre—; lejos las pálidas faces de los ajenjistas de París, la inmensa bruma verde que envuelve tantos espíritus en aquella alegría nerviosa y torturada; aquí, por la tarde o al anochecer, he solido encontrar grupos de muchachos y muchachas que van por las calles cogidos de los brazos como en las rondas de las kermeses, y lanzando sus cantos en coro, muchachos robustos, muchachas con carrillos como manzanas, de estos mismos que en el florecimiento de su pubertad dejan ver, bajo la corta falda, las más firmes y torneadas piernas.

Como en todas partes, gusto más de la parte vieja de la ciudad que de la nueva. La ciudad, en sus signos monumentales, habla de grandes cosas pasadas; y tan solamente en San Marcos de Venecia he sentido el respetuoso placer de la contemplación, de la evocación de siglos difuntos, que en la Grand Place, a la cual Hugo, con alguna exageración, llamara la primera del mundo. Nada más hermoso que

este conjunto de nobles arquitecturas en que la Maison du Roy es cincelada joya, las casas de las corporaciones, bellas páginas de piedra, y el Hotel de Ville, osado y soberbio, la más admirable catedral cívica que haya labrado la legendaria masonería gótica. La imaginativa de los antiguos escultores se revela en simples detalles de una concepción definitiva, que forman en el vasto libro arquitectónico, lecciones estupendas en la interpretación de la faz humana y en el simbolismo zoológico. Al entrar, nada más, podéis adivinar ciertas páginas de Huysmans y ciertos gestos de Henri de Groux, en un simple murciélago lapidario o un rostro humano decorativo.

Las casas históricas con su estilo, sus dorados, su aristocracia de monumentos, parece que aguardan la presencia de cortejos reales o procesiones de dignatarios. Y mientras miro y admiro, me solicita una muchacha que vende flores, ofreciéndome pompísimas rosas, y pasa una lechera flamenca con su carrito tirado por tres magníficos y pacientes perros.

Un pensamiento que no dejará de despertarse en vuestra mente es el del perdido poderío español... Aún vaga por aquí la sombra del «duque de sangre, y las estatuas fraternales de los condes de Egmont y de Hornes, en el square del Petit Sallón, fijan en bronce el duro recuerdo. Se perdió Flandes; se perdió la América continental, se perdió Cuba...; el general Weyler no tendrá a mal que se le compare con don Fernando Alvarez de Toledo...

Santa Gudula es hermana de Notre-Dame de París, de la familia de tantas otras iglesias venerables en que las dos torres góticas se alzan, enormes centinelas del tabernáculo, trabajadas por la virtud de siglos de fe; urnas vastas en que se guardaba la esperanza cristiana y cuyas anchas ojivales puertas se abren hacia las bullentes ciudades, como con sed de almas.

Tan descriptos están los monumentos, que no caben de ellos ya más que las impresiones. Diríase que el *tourisme* ha profanado todos los santuarios de la tierra en que la religión y el arte conservan sus reliquias y elevan sus plegarias. La agencia Cook borra todas las huellas sagradas e interrumpe las meditaciones de los fervorosos que aún quedan. Es un complemento del experimentalismo... Mientras admiro en el severo templo los vitraux de Van Orelley y de Frans Floris, hay unas cuantas personas que rezan en el más profundo y piadoso silencio; mas de pronto una tropa-(¿tropilla?) de viajeros con cornacq hace su irrupción y se percibe que la gente que ora sufre con la entrada de la caravana. La voz del guía pronuncia en inglés con mediano tono de discurso: «Aquí tenéis el cenotafio de Juan II, duque de Brabante y de Margarita de York, 1312 a 1318; y enfrente el del archiduque Ernesto, gobernador general de los Países Bajos, etc...»

La vista del palacio de Justicia da idea de un aplastamiento; es un edificio de Babilonia; lo rechoncho en lo enorme; la gran corona que remata el monumento semeja la tapa de una colosal pieza de postre en una mesa de Brobdignac. Polaert, el

arquitecto, pensaba poner en lo alto una pirámide hindú; sus planes no se pudieron llevar a la práctica por imposibilidad material, y se construyó un domo con estatuas. Se alaba mucho esta gigantesca ensalada de estilos: hay griego, egipcio, asirio, romano, romántico, renacimiento. A mi entender, es una creación semiyanqui que asombra por su tamaño, y que queda bien entre las cosas *greatest in the world*.

Prefiero ir a admirar el Mercado, esa obra maestra de la ferretería moderna, que encontró un cantor magnífico y férreo en Huysmans, y en donde el metal domado une la solidez a la gracia y a la elegancia; trabajo ciclópeo y artístico que no se cita ni se recomienda en las guías.

¿Cómo no hablaros de la gloria municipal de Bruselas, el muñequito de bronce que ha llegado a ser un símbolo, y que, en ejercicio de una de las más prosaicas funciones fisiológicas, ha adquirido el cariño popular, renombre y honores, todo como un hombre? Como habrá muchos de mis lectores que no sepan lo que es el Manneken-Pis, trataré de decirlo en pocas palabras. Cuéntase que un noble ciudadano de Bruselas tenía un niño a quien quería entrañablemente, el cual niño desapareció un día sin que su padre, que lo hizo buscar por todas partes, diese con su paradero. Por fin, fué encontrado en la calle, y en una posición difícil de explicar si se guardan las conveniencias. Hacía... lo que un personaje de Rabelais para apagar incendios; no tanto como Sancho en una de las más bravas aventuras de Don Quijote...; lo que se dice en un usual latín después de *Domine labia...* Si con tantas indicaciones hay

quien no haya comprendido, que haga el viaje a la capital brabantona y vea lo que está haciendo Manneken-Pis.

En conmemoración del hallazgo, el padre del niño hizo elevar la estatua, que se atribuye a Duquesnoy. Después, ésta tuvo tanta fama como la de Pasquino en Roma. Fué robada dos veces y encontrada. Luis XV le concedió la orden del Espíritu Santo; en ciertas épocas la han vestido de guardia cívico; se la mezcla en política; una vieja solterona la dejó mil francos de herencia, como a un simple gato o perro, y la municipalidad paga a un *valet de chambre*, para que la cuide, 200 francos anuales.

No es demasiado. En todas partes hay hombres que en la política, las letras, las ciencias y demás disciplinas hacen cosas peores que Manneken-Pis, y tienen buenas posiciones y ganan pingües rentas.





## VI

**L**A sola palabra Trianón evoca el espíritu y la vida de toda una época. Se acerca, en el tiempo, como un perfume antiguo; se oye un son de viola de amor, un minué en el clavicordio de la abuela; se mira, con los ojos entrecerrados de la memoria melancólica, un conjunto de suntuosidades y elegancias. Los arriesgados ejercicios de la coquetería, las declaraciones de los caballeros y las sutiles conversaciones de los abates; horas de encaje y seda; embarques para Citeres; idilios rústicos entre pastores gongorinos y pastoras «preciosas». Collar de horas que fué como una guirnalda de rosas que cubriese de pronto una ola de púrpura. Tiempo encantador, ciertamente, que tiene su parangón en los libros de cuentos de hadas y que adoraban los Goncoart. Hoy, ese tiempo florido hace escribir algunos buenos libros; inspira a ciertos poetas musicales deliciosas poe-

sías; interesa a los compradores de cuadros y a los modistos y peluqueros, con ocasión de los bailes de trajes o cabezas empolvadas. ¡Buen baile de cabezas dió fin a la perenne fiesta en que la reina María Antonieta imperaba de todas guisas!

Los lugares que sirvieron de teatro a tantas maravillas, tienen hoy en su severa soledad una dulce tristeza que no querría ser perturbada. Versalles y sus rincones de amor y de recuerdo, parece que no deberían profanarse con ruidos modernos, con vulgares paradas contemporáneas. Déjense las umbrías de los nobles bosques, las gloriosas y abandonadas arquitecturas, a los soñadores, a los enamorados, a los solitarios. Esas lindas gracias del siglo XVIII que quedan en memorias que parecen leyendas, y se admiran en cuadros y retratos que semejan sitios y figuras de encanto, gocen de la quietud que les dió su trágico final.

Eso han pensado algunos parisienses con motivo de un acontecimiento mundano que ha ocupado grandemente la atención en estos días. Cierta grupo de damas de la alta sociedad ha querido resucitar por unas cuantas horas aquel hermoso vivir. Mas ha habido grandes dificultades. La vieja y restringida aristocracia, no ve con buenos ojos algunas iniciativas que vienen de la nobleza adventicia. Una verdadera condesa, con verdaderos cuarteles, protesta ante la intromisión en asuntos de su sola incumbencia, de tal o cual marquesa o condesa de ultramar, coronada de perlas heráldicas en virtud de los millones de papá. Cierta es que entre las iniciadoras había nobles de auténticos pergaminos, como una La

Rochefoucauld y una Folingnac; pero la persistente imposición de tal miss Gould, por ejemplo, devenida condesa de Castellane, arruga muchas frentes. «En el *hameau* de la reina, observa alguien, antes las grandes damas hacían papel de *fermières*; hoy las *fermières* intentan hacer de grandes damas.» Otro dice: «He soñado mucho con las bellas figuras que animaron tan admirables escenarios para arriesgarme a ir a padecer con la desilusión de personas actuales desprovistas de toda poesía.» Pasada la reunión, un cronista anota, junto a una Clermont-Tonnerre, «noblezas del Ural y de las Cordilleras». El poeta Montesquiou-Fezensac se asusta encontrando allí «cabezas que rehusaría seguramente la guillotina»; y el Jean Lorrain, desventrado cien veces por Laurent Tailhade, agrega en verso:

*La pique en les voyant recule épouvantée.* Con todo, la celebración histórica ha sido variada, alegre y hermosa. Las princesas de hoy, aburguesadas de gustos y aficiones, cuentan, sin embargo, con preciosos ejemplares; y con dinero, todo se dora y se imita. En los salones actuales, los abates de antaño están sustituidos por ciertos sacerdotes distinguidos que el autor del *Journal d'un défroqué* ha sabido retratar, y los Copée, Lemaître y Barrés, reemplazan el espíritu del buen tono de la vieja Francia. No han faltado pavanas y minuetos bailados por bailarinas; y la taimada madame de Thèbes ha hecho de Cagliostro, diciendo la buena ventura y vendiendo amuletos *para ganar dinero y para ser amado*. Hay que confesar que los segundos se vendieron más que los primeros.

La resurrección de una época no se hace únicamente con trajes costosos y comparsas teatrales. Ciertos juegos necesitan señalado estado moral y cultivo espiritual. Cuando lo griego y lo romano estuvo de moda, en época distinta de la Francia, flotaba por las salas como un ambiente de academias. Las damas se ilustraban y, petulantes o marisabidillas, representaban con perfección sus papeles. Los salones oían con frecuencia las palabras de los sabios, los discursos de los poetas, las agudezas de los hombres de ingenio. Madama Recamier invitaba. Ahora, los nobles legítimos y los advenedizos, con notadas excepciones, al decir de los bien informados, no se han ocupado en la cita de elegancia que se dieron más que de la carrera de automóviles París-Berlín, y otros asuntos de igual transcendencia estética. Las berquinadas tienen otro nombre. Lancret, Fragonard, Watteau, nada tienen que ver ante Woth, Paquín o Redfern. Un Morgan cualquiera se lleva a Chicago o a Nueva York tesoros del más puro arte francés; el señor de Iturri, tucumano según me dicen, y amigo íntimo de Montesquiou-Fezensac, descubre en un convento de Versalles la fina en que se bañaban la Montepan y el rey juntos y la instala en Neully.

¡Ah, el alma fina del siglo de las frágiles y pomposas elegancias y de las gracias sutiles, del siglo de Florian y de Boucher, no pertenece, como otras tantas cosas, a los ricos de hoy! Es la herencia de los artistas, de los Verlaine, los Samain, de los Helleu. Los pobres príncipes de belleza y de armonía tienen este desquite.

Cuentan que el ya muy nombrado poeta de los «olores suaves», uno de los pocos portalira de que la nobleza puede hoy glorificarse, dió una fiesta en Versalles en honor del *Pauvre Lelian*, a la cual fiesta concurrió buen golpe de bellas marquesitas, duquesitas, princesitas y baronesitas de su parentela y amistad.

No sé qué cara pondría el viejo fauno delante de ellas, como no sea la máscara satírfica que solía expresar la alegría pánica y báquica. Mas entre todas, ¡qué impresión haría la presencia del triste y terrible poeta, triste de amor, terrible de dolor! Ninguna, supongo, fuera de la malsana curiosidad, o el superficial snobismo.

La nobleza femenina, en todas partes, se dedica hoy con preferencia al sport, se interesa mucho por el cuerpo, descuida bastante el espíritu. Este rumbo siguen las jóvenes «bien» de nuestras democracias y la adinerada burguesía universal.

La bicicleta ha juntado al príncipe con el hortera, la «Mors» une el chocolate con la flor de lis. Y entre todos los sports hay uno, nivelador también, en el divertimento y en el flirt: la caridad... La fiesta de Trianón, como la del Bazar memorable, era una fiesta de caridad.

He querido, principalmente, en estas líneas hacer notar la cuestión del conflicto de las noblezas, la antigua y tradicional y la adquirida. El papel en que se coloca a las americanas ricas casadas con títulos, es poco envidiable.

Un alto desdén, justificado hasta cierto punto, e irremisible, se cierne sobre las cabezas recién ilustradas con la corona nobiliaria.

No borrará toda la catarata del Niágara pactolizada, la mancha nativa de Porcópolis, o de Oil City. En todas partes existe, en el gran cuerpo de la aristocracia, una aristocracia chica y cerrada, que no transige ni admite mescolanzas ni componendas. D'Hozier frunce el entrecejo ante los reyes del acero y los barones del dollar. Hay nobles arruinados que se ponen a precio, y nobles de manga ancha que contemporizan con las plutocracias exóticas; pero las tres docenas de familias que vienen de muy lejos en la historia, y que miran sobre el hombre a los titulados de Luis XIII acá son impenetrables en su mayoría. La *messaliance* es cosa rarísima. Para eso se fué a las cruzadas.

Reflexionen las niñas que en nuestras Américas incuben la lejana esperanza de entrocarse en el árbol genealógico de uno de estos viejos nombres europeos. Es bonito, «viste mucho», como dicen en España, eso de oírse llamar Madame la Comtesse, Madame la Marquise, Madame la Princesse; pero desde el momento en que se sabe que ese tratamiento es para una «galería» especial, que el verdadero núcleo a que se aspira rechaza la solidaridad y se señala a cada momento la liga; que su paso levantará siempre un equívoco murmullo y provocará más de una afilada sonrisa; que la coburguización, digamos así, o la adquisición de un marido, por lo general de escaso intelecto, de costumbres poco ejemplares y de salud casi siempre averiada, no valen la pena de sacrificar una juventud y una vida a la va-

nidad más improductiva, creo que no habrá una sola que prefiera a un dorado ridículo y a un flordelisado martirio, ser cabeza de ratón entre los suyos, en su casa, en su tierra, en su sociedad, en su patria.

Ahora, la nobleza del dinero, lo que hace resonar el globo con su metal desparramado, los principales del cheque, las baronías del casino, el armonial de hierro y caucho, los marquesados del jockey, los cuarteles del yate eso es otra cosa.

Yo sé de un filósofo a quien admiro.  
Guarda ovejas en la pampa.





VII



**P**ARÍS, ardiente me ha soplado con boca de horno empujándome a la orilla del mar, a Dieppe, frente a Inglaterra, en el Canal de la Mancha. Es lo que está más cerca de París, para pasar el tiempo de verano al amparo del frescor marino, sin ir a los deliciosos y peligrosos paraísos de la Costa de Azur, de la Grande Bleue. He llegado en días gratos y de espectáculos pintorescos. Buena cosecha, o si queréis, pesca de impresiones.

Anidado, cerca del agua, comienzo por dar un buen vistazo a la ciudad. La cual se divide en dos partes: la elegante y muy moderna, ceñida de villas y chalets, que se extiende por la calle Aguado hasta el viejo castillo y el morisco edificio del Casino, y la que contiene el barío de Pollet, en donde está el puerto. Calles interiores estrechas, casas sin carác-

ter, más no exentas de uno que otro golpe pintoresco. Por las cuadradas ventanas que se decoran de tiestos floridos como en España o Italia, suele aparecer la faz graciosa de una muchacha, o la vieja coronada de apretado trapo blanco, muy semejante a un gorro de dormir.

Por la Grande Rue, un comercio y un vivir de ciudad de pocos ruidos. No encuentro mucho de original, como no sean los escaparates de labores en marfil que un tiempo tuvieron tanta boga y renombre. Al paso, en una plaza, la Nacional, veo a Duquesne en bronce, gran dieppense aquel marino; crespa y larga cabellera, bravo talante, firme en sus botas, bocina en mano. Cerca una vieja iglesia, con su torre que recuerda la de Saint Jacques, de París, y que lleva el mismo nombre, afirma la nobleza severa del arte antiguo que la levantó y la fuerza de la olvidada piedad.

Una callejuela me hace caer de pronto en pleno mercado de cosas marinas, la Poissonnerie. En un instante pasan por mi mente figuras de Thwlow; versos de Richepin. Un olor salado flota en el aire. De las barcas que atracan al muelle sacan los cestos de mariscos; los azulados bonitos, anchas y sonrosadas rayas, plumizas anguilas, aranques como puñales, y el «cardenal de los mares» todavía sin su púrpura, y enormes cangrejos y erizadas centollas. Como salidos de un baño de rosas se miran los salmonetes, de rosas y madreperlas; lácteos, azulados y semitransparentes, los calamares; como pasados por laminador, los lenguados grises; y los gordos peces mayores, dejando entrever la flor es-

carlata de las agallas. Aquí de Simón Pedro, aquí de Tobías, aquí de las Mil Noches y una Noche y de Brillat Savarin. ¡Y los admirables tipos de gentes de mar! No hace falta sino saber dibujar, *eroquer*, tanta cara singular, tanto aspecto lleno de carácter: la anciana revendedora que asiste al remate, fuera del recinto propio del mercado; la joven más fresca que el pez recién sacado, y perfumada de mar también, atrayente con su rostro encendido, sus copiosos cabellos, su sonrisa; los viejos y duros pescadores, cabezas de pipa como hechos en madera; narices rojas, barbas en barboqueo o herradura; el bigote afeitado, las anchas manazas, las firmes patatas; quien con el arete de oro a la oreja, o la cachimba entre los dientes, y en la mirada una profundidad inmensa, esa profundidad serena e inmensa que comunica la frecuencia del Océano, el azul de los golfos, lo vasto del cielo, a los hombres que viven y trabajan sobre las olas, acostumbrados así a los cantos del alba, a la dulzura de las saladas brisas, como a las injurias de la espuma y las bofetadas de la tempestad.

El lugar de la venta del pescado no es muy extenso. Es una sólida galería de hierro, con puestos laterales, en donde las pescadoras exponen sus artículos. ¿Es una obsesión, o es la asendereada ley del medio?

Parece que todas estas mujeres, las de edad como las mozas, tuviesen en su rostro algo de pescado; los ojos y las bocas, sobre todo, casi ictiomorfos... Una pescaderita de quince años, que ríe con finos dientes y tiene en su cabellera reflejos de

algas, se me antoja que tiene algo de sirena. *Guardo y paso.*

Ante sus langostas, me detiene con su figura una robusta anciana, como sacada de no sé qué olvidado cuadro. Bajo el cucurucho blanco del gorro dos macizas arracadas de oro puro descienden hasta los hombros; un corpiño oscuro aprisiona auténticos y generosos testimonios de maternidad; una falda corta acampanada, deja ver las columnas de las piernas cubiertas por medias de lana; sobre los duros zuecos, dos bien construídas carabelas en que un Colón de Lilibut podría ir a descubrir en Noche Buena no importa cuál América de nacimiento.

La venta es buena. Al día siguiente han de comenzar las fiestas. Así, pasan a mi lado haciendo sus compras varios burgueses de Dieppe; y, nota parisiense entre la concurrencia, blanca toda, fina, bella, una señorita que ha bajado de su carruaje, llega, acompañada del groom, compra un buen paquete de langostinos y se va, rápida como un pájaro.

El apetito, más que despierto, me hace dirigirme a un restaurant vecino, cerca de las arcadas del Café Suizo—aquí, como en todas partes del universo, hay un café Suizo.—Comida barata sabrosa, marisco fresco, ausencia de vino y presencia de sidra, rica sidra de ámbar o de topacio, pues en Normandía, como en el paraíso terrenal, triunfa la manzana. Mientras almuerzo, oigo de lejos cantar la draga en el canal, como un gran grillo de hierro.

El día comienza a ponerse opaco. Se hace recordar la vecindad de Inglaterra. Mientras en París se

derriten los sesos de las gentes, aquí se siente un grato frescor. Después del café, me dirijo a la playa. Llega al desembarcadero un vapor de Newhaven. La niebla aumenta poco a poco. Casi ha invadido todo el mar, toda la costa. La tarde naciente se ahuma. Empieza a vocear, triste, insistente, la campana de la bruma, allá en el faro. La campana, en tiempo de niebla, hace las veces de la luz; es el faro del oído. Las olas llegan a la arena en actividad y encrespamiento que hacen resbalarse a la continua los guijarros; mas no es la soberbia acompasada que enarca las gruesas marejadas cuando se enoja el viento. El agua no carneea, hierve, en la enorme extensión, sin rasgarse. De cuando en cuando una vela fantasma, una sombra de barca, se percibe en el tupido vapor flotante; a través del aire espeso llegan lejanos ruidos de sirenas y de esquilas. La humedad se insinúa en la piel, barba y cabellos. Se gusta la sal del ambiente.

El sol, que se asemejaba a luna una, o a un astro de pesadilla, no logra hacerse paso entre las espesas nubazones. Así se desliza el tiempo hasta la noche, en que se aclara un tanto el espacio. Las luces de los faros rielan sobre las aguas. Las aguas, más tranquilas, dan campo a la mirada que puede ya lanzarse al horizonte. Quietud.

Volvía yo de recorrer el bulevar marítimo, a eso de las diez, cuando una aglomeración de muchedumbre, un son de trompetas y un brillo de antorchas en la sombra de una calle me hicieron detener.

¿Qué capítulo de viejo libro estaba viendo? Ante el pueblo reunido, había dos heraldos de armas y un regidor, montados en sendos caballos un pelotón de arcabuceros y otro de arqueros. Uno de los heraldos desenrolló un largo papel, y con una gran voz, dijo:

Or, tost, accourez tous, faictes bonne silence et oyez.

Es nom des schevins et tout ayant été par eux arresté avec très honorable sire Charles des Marets, capitaine du Chastel et de la ville de Dieppe, pour Notre Roy et soubverain segneur Charles le septième.

Faisons assavoir:

Que le jour de demain, dimanche, septième de Juillet, se doibvent tenir en ceste cité des festes soulennelles et espéciales pour le resjouissement et grand proffit de tous.

Adonc, en celluy jour de demain, sus le midy ou environ, si haura par les voies et carrefours de ceste ville, une belle y avenante monstre numéreuse à la vérité diré, jusques a passer cinq cens parsonnes, et figurant, sommairement et comme par abrégé, avec personnages les mieus en point que puet estre, les faicts les plus illustres en l'histoire de Dieppe à travers les âges et les plus dignes de ramentevance.

Et maintenant, cecy dit, de vostre part, bourgeois, manans et vilains, faut jà vous retirer. Et sitôt que s'oyra covre feu soner, bien nous vos advison que tout bruyt se doibt cesser, que toute chandoille de sieu ou resine doibt estre esteinte.

Et bien vous préparez, par un bon somme, à estre frais et dispoz pour célébrer dignement et alégrement la grant journée de demain.

¡NOEL! ¡NOEL! ¡VIVE LA FRANCE!

Como el grupo era pintoresco, la música alegre y la noche fresca, seguí a los heraldos de Charles des Marets «capitaine du Chastel et de la ville de Dieppe», entre el regocijo de crecido número de pescadores y pescadoras que iban en la procesión, y así escuché varias veces el pregón. Y siguiendo después el consejo de prepararme con un buen sueño, para estar *frais et dispoz* para la fiesta próxima, me encaminé a mi hospedaje, en donde, al amor del mar, dormí gratamente, hasta que la animación de la aurora entró por los cristales de mi ventana y la armoniosa lengua de las olas me dió los buenos días.

Bueno era ese, de sol claro, de cielo lavado y bruñido. La ciudad, llena de banderas, se agita en su fiesta. Gente del lugar y forastera circula por las calles principales e invade la playa. Se oyen a lo lejos gritos, cantos y petardos. *Camelots* de París venden sonoros mirlitones. En la Grande Rue se extiende un mercado improvisado, un mercado de aves, de manteca y quesos, de verduras, de productos de la campaña; y en la plaza Nacional se instala un bazar de cuanto os podáis imaginar de cosas viejas y nuevas, con el aditamento de muy baratas. Hay desde frenos hasta calzoncillos, y mientras un zapatero remendón elogia las botas claveteadas que

ha rejuvenecido. un vltoso charlatán canta su difirambo delante de una cabellera fenómeno que debe su famosa riqueza a una botella de agua milagrosa.

Llegan los trenes de París y Rouen repletos de gente. Los vecinos de Treport, Puy, Varengville, aumentan la suma de visitantes. Se advierten tipos de la capital, mujercitas del bulevar, y no faltan cabezas del Barrio Latino y de Montmartre. No son los que menos se notan los ingleses. Hay bastantes bicicletas, y, bufando, se han hecho presentes dos o tres automóviles. Los marinos y pescadores no ponen buena cara al hipógrifo de caucho.

El cortejo, el gran cortejo histórico «Dieppe a través de los siglos», comenzará a desfilir dentro de poco.

El cortejo. Era primero el siglo xv, y venía a la cabeza dando al aire sus sonos la fanfarra de la milicia burguesa. Son los tiempos en que los dieppenses, fatigados de la lucha con el inglés, acaban de volver a su independencia, por obra y empuje de Desmarest. Allí viene Desmarest tras el preboste de los comerciantes, los ballesteros casqueados y forrados en sus túnicas rojas, los regidores de negro, los trompeteros violeta, azul y encarnado, y los heraldos de armas con dalmáticas y cota. Es el bravo Desmarest o Des Mares, caudillo desde la adolescencia, y que luego, brazo poderoso, fué creciendo en empuje hasta sus acciones en Dieppe y Bures, y a quien después de rudo batallar y vencer, no pudo la muerte arrancar del mundo sino cuando en el descanso de su ancianidad, había llegado a ciento quince años.

Viene después Dieppe en el siglo siguiente en la época de su mayor auge. Este tiempo opulento se anuncia desde luego con oros y colores. Un grupo de niños llega con palmas doradas en las manos y sombreros de airosas plumas sobre las rosadas cabezas. Preceden a Descellier, el geógrafo que antes de Gerardo Mercator publicaba su planisferio que mejoraba los trazados ptoloméicos. Viene Descellier en el carro de la hidrografía enseñando a sus discípulos, pues, según las palabras de Asseline, a propósito de las cartas marinas, «le sieur Pierre des Cheliers, preste à Arques, a eu la gloire de'avoir ètè le premier qui en a fait en France. Aussi estoit-il un si habile géographe et astronôme qu'il fit une sphère plate, au milieu de laquelle en voioit un globe qui représentait toutes les parties du monde.» Vestido de negro pasa en su carro, que imita una bella *boiserie* que existe en el castillo de Gaillón; y tras él la música de los arcabuceros, negro y azul, jóvenes pajes, a la manera florentina, y precedidos de sus capitanes, el armador magnífico y fuerte Jean Angó, aquél que solo y con flota propia, declaró la guerra al rey de Portugal, sin que nada tuviese que ver en la empresa el gran rey Francisco. Angó es la figura más brillante de Dieppe. Por él la ciudad, antes de que las luchas de religión contribuyesen a su ruina, se levantó a una situación de riqueza y de poderío. Angó heredaba de su padre el espíritu. Como él, Angó se lanzó a empresas coloniales en la India y en América. De allá viniéronle riquezas en sus navíos, y con ellas llevó vida de príncipe, opulento, lujoso, y al mismo tiempo de pensar maduro y jui-

cioso. Hizo aquí construir un palacio admirable. «La fachada, de madera de encina, había sido esculpida por los más hábiles artistas y representaba escenas de navegación, combates entre ingleses y normandos. Los cuadros y las estatuas de los más grandes maestros ornaban ese palacio, y le daban un aire de magnificencia incomparable. Desde sus ventanas Jean Angó tendía sus miradas sobre el puerto, sobre el mar y sobre el valle de Arques.» Francisco I le visitó, y la ciudad permitió al magnate que las fiestas fuesen pagadas con su peculio. El rey quedó maravillado de la fastuosidad de su anfitrión. Hubo lujo de vajilla italiana, en plata labrada, viandas exquisitas y vinos incomparables, arcos de triunfo, y, para paseo por el mar, barcas doradas que corrieron las aguas con buen tiempo y cielo propicio. Angó murió en la pobreza, y he recordado su grandeza de un tiempo ante la piedra tumbal que cubre sus viejos huesos, en la iglesia de Saint-Jacques.

Redoble de tambores. Acorazados de cuero y en la cabeza el casco, pasan los soldados de la milicia burguesa; los oficiales de a caballo van casqueados también, y brillan sus coseletes de hierro. Los gremios desfilan en seguida, los de la industria del hierro que llevan jubón azul; los de la cerveza, violeta, y los del marfil, en cuero de gamuza. Amarilla y negra la banda de la guardia real, lanza su música, y oro y negro y a la espalda un manto, los heraldos del rey. Sigue el gobernador Aymar de Charles, con su uniforme de caballero de Malta; el capitán de Vardes luce su jubón gris, y luego seis

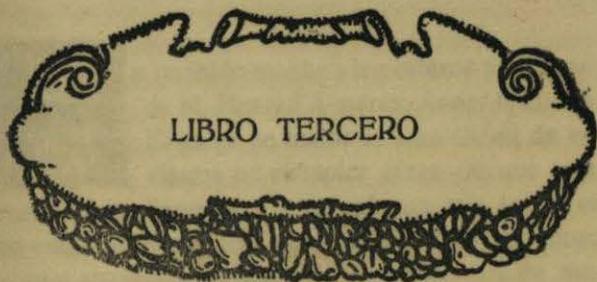
pajes azules en grandes caballos, antes del gran escudero que porta el real estandarte, anunciador del rey soberbio, cuya magnífica armadura relampaguea al sol. Allí va luego el «padre de la agricultura», el buen Sully, de negro, al que hacen fondo los suizos vestidos de verde. Es el tiempo en que Enrique IV ha venido a Dieppe antes de la batalla de Arques y de Ivry, en que hubo de salir triunfante del duque de Mayenne.

Tras el tiempo caballeresco y heroico, el siglo pomposo. Semejantes a otros tanto Aramis y Portos, los mosqueteros a caballo, gran chambergo emplumado, coraza y larga capa negra de terciopelo, desfilan seguidos del gobernador Montigny. El rey Sol es aún niño, y en una carroza de gala va en compañía de Ana de Austria, la de las bellas manos. La reina está representada por una graciosa moza que saluda linda y realmente. A caballo sigue el rojo Mazarino, y un grupo de cortesanos le acompaña. Llegan gentes de mar. Son los hombres de Duquesne. Allá, sobre una reducción de la *Sainte André*, el gran marino, el orgulloso calvinista que desecha por su fe el bastón de mariscal, está de pie. Angó era el fuerte armador del comercio; Duquesne es el hombre de la guerra. Es el combatiente de Suecia como vicealmirante de Cristina; es el reorganizador de la armada francesa y el jefe de la expedición de Nápoles; es el luchador feliz contra españoles, ingleses y holandeses; es el generoso vencedor de Ruyter, el bloqueador de Chio y el temor del Dux veneciano. Cuando Duquesne murió, el rey le negó una sepultura...

Tambores. A compás marchando van ocho tamborcitos, luego una banda militar y el pabellón. Dos ujieres de la ciudad se adelantan al *maire* y al cuerpo comunal; en todos los negros trajes lucen tan sólo las hebillas de plata de los zapatos. Y luego Balidar. ¿Quién es Balidar? Es el desconocido turbulento y terrible, el que impuso su nombre como una bandera de amenaza en la Mancha, el corsario de quien John Bull supo mucho, y que en Roscoff, cansado de pelear bajo el poder de Napoleón, puso a su casa balcón de plata maciza, y *freía* monedas de plata y oro para arrojárselas al populacho bien calientes. Cuando la independencia americana, Balidar fué a pedir carta de corsario, y no se supo más de él que su paso por las costas mejicanas. Ese fué Balidar. Así, pasa orgulloso entre sus hombres de mar; síguele un grupo de marinos veteranos; luego, la guardia consular y los trompetas vestidos de amaranto o blancos brandeburgos. En su caballo blanco cierra la marcha Napoleón, el Napoleón de largos cabellos del tiempo consular. Unos cuantos oficiales le acompañan; los húsares, de azules dormanes van tras él. Tal ve Dieppe pasar su pasado. Un pasado casi legendario, de empresas bravas y singulares conquistas, con princesas bellas, reyes gallardos, bizarros capitanes, corsarios temerarios, magníficos marinos. Y así inaugura el Dieppe de hoy su bulevar marítimo, que pone hacia las olas que vieron tantas proezas, un balcón extenso para los veraneantes que no, es por cierto, de plata, como el de Balidar.

«Al principio no había nada.» El mar cubría la mitad de la playa y la marea llegaba hasta el valle del Arques. Luego hubo un lento retiro, de siglos. Un día se creó la *pelouse* donde hoy se alzan los grandes hoteles de la calle Aguado. Creció allí hierba y pastaron rebaños. La ciudad prosperaba, comerciaba y entonces los ingleses, como siempre, aparecieron. Los *échevins* alzaron entonces fortificaciones, y tres grandes torres para polvorines. Luego vino la iniciación de los baños de mar en Dieppe. La sociedad parisiense comenzó a venir en «largas diligencias», y la moda se hizo. A comienzos de este siglo ya venía mucha gente cuando la duquesa de Berry afirmó la boga. Se construyó un teatro, se alzó un casino para los grandes señores de la Restauración. En 1836, el Estado vendió los terrenos en que antes había fortalezas. Se levantaron casas y se creó la calle Aguado, cuyo nombre tiene a causa del banquero español que intentó dotar a Dieppe de un ferrocarril, intentó, pero no lo realizó. La calle, sin embargo, lleva su nombre. Napoleón III quiso pasar su luna de miel en Dieppe. Eugenia quedó encantada del lugar. Gracias a ella se embelleció y prosperó en poco tiempo. Veinticinco años después la ciudad hizo fuertes gastos para el establecimiento de sus primeros casinos. Los terrenos de la playa centuplicaron su valor, y el Estado, interviniendo entonces, vendió a la ciudad la playa en 451.000 francos. En 1895 el alumbrado eléctrico fué introducido. Así continuó hermoseándose, hasta que se observó el daño que causaban a la plaza las invasiones del mar. La municipalidad dieppense resolvió la construcción del

bulevar, una sólida muralla, flanqueada de rotondas provista de un parapeto con un ancho *trottoir carrelé* alumbrado con numerosos postes de luz eléctrica. Entre este bulevar y la calle Aguado se extiende la espaciosa plaza llena de césped. El bulevar tiene cerca de un kilómetro de largo, es un paseo excelente y fué construído por el ingeniero Herzog.



LIBRO TERCERO